

EL PAÍS DE LAS LETRAS Y LOS NÚMEROS

Por PABLO CAZAU

Había una vez un mundo vasto y lejano, apenas poblado por 38 habitantes. Eran los números 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9, y las letras A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, Ñ, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, y Z.

Sabía que tal mundo existía y movido por la curiosidad, cierto día decidí lanzarme a mi fantástica exploración. En la entrada, sin embargo, me detuvo la letra K, que en ese momento estaba de guardia, y me dijo que las personas no podían entrar al país: debía ser un número o una letra.

Descorazonado, mientras volvía al mundo de los humanos se me ocurrió una idea. Conseguí un disfraz de acento y la letra K, tras mirarme detenidamente, comprobó que era uno de ellos y finalmente pude pasar.

Muy pronto pude constatar que las letras y los números vivían habitualmente separados por un gran bosque, donde tenían sin embargo encuentros furtivos. La P y el 2 gustaban unirse para formar una Logia, mientras que la M, la P y el 3 se la pasaban cantando a coro música bajada de Internet.

Los números pasaban el día haciendo cálculos, mientras que las letras ocupaban sus vidas creando poemas.

A los números les encantaba la cantidad, y querían ser siempre más que los demás. Incluso una vez llegaron a unirse para formar el número más alto de todos, el 9876543210. Sin embargo, habitualmente vagaban solitarios y se la pasaban comparándose entre sí a ver quien era más importante.

Las letras, en cambio, se interesaban por la calidad. Ellas no buscaban la cantidad sino la belleza y el sentido, y la frase más linda que por entonces pudieron armar fue: "te amo".

El 0 y el 1 vivían aislados en un castillo, y eran muy vanidosos y engreídos. Sus compañeros los llamaban despectivamente los "binarios" porque se creían que los demás números resultaban absolutamente innecesarios.

- El 7, por ejemplo, puede ser reemplazado perfectamente por el 0111 - decían al unísono el 0 y el 1.

- Sin embargo- replica el 7 - no hay tres unos, hay solamente uno que eres tú, de manera que no me puedes reemplazar así como así.

El número 2 también presentaba su queja a 0 y a 1:

- Si no fuera por mí ustedes no podrían ser dos.

Y así diciendo, poco a poco los números fueron percatándose que todos eran importantes, aunque cada cual a su manera.

El número 1 sostuvo que sin él no existiría Dios, porque Dios es único.

Tampoco podrían existir el ganador de las Olimpíadas ni el arquero de un equipo de fútbol.

El número 2 destacó que sin él no tendrían sentido los enamorados, ni los sexos, ni los guantes ni los ojos.

El número 3 reveló orondo que sin él no habría Santísima Trinidad, complejo de Edipo, triada ecológica, ni virtudes teologales. Y agregó:

-Y si no que se lo digan mis primos el 1 y el 7. Sin mí ellos tampoco existirían porque los primos somos solamente tres.

El número 4 sostuvo por su parte que sin él no existirían ni las estaciones del año, ni los jinetes del Apocalipsis, ni la cuarta dimensión ni Los Beatles.

El número 5 insistió en que gracias a él había una Quinta Sinfonía, pentagramas y continentes.

El número 6 planteó que sin él no existirían las cuerdas de la guitarra ni las patas de las arañas.

El número 7 dijo que era el más importante de todos, porque sin él no estarían los días de la semana, las maravillas del mundo, los pecados capitales, los colores del arco iris y las notas musicales.

El número 8 planteó tímidamente que sin él no existirían los planetas del sistema solar, los brazos del pulpo ni las artes, pero el número 9 replicó enseguida que las artes eran nueve porque alguien agregó la historieta.

Además, sin el 9 no estarían las Musas ni los círculos del infierno de Dante.

El número 0 era el habitante más reciente. Lo enviaron los mayas antes de la Era Cristiana y fue muy bien recibido por sus hermanos desde que descubrieron que si se ponían junto a él aumentaban diez veces su valor.

Todos los números coincidieron, sin embargo, en que las letras son muy complicadas porque impiden comunicarse a gente de distintos idiomas mientras que ellos son diáfanos y unívocos: un número lo entiende el español, el alemán o el francés por igual.

Decidí luego llegarme hasta la cabaña donde vivían las letras, y pude comprobar que cada una tenía su personalidad.

La E se la pasaba todo el día pavoneándose porque era la letra más solicitada del idioma.

La Q andaba siempre pegada a la U porque sin ella su vida no tenía sentido.

Algunas letras lucían vestimentas llamativas: la W posaba con su elegante tweed de corte inglés, mientras que la Ñ se paseaba oronda con su brillante atuendo de hidalgo español.

La U era el cocinero que alimentaba a todos en su gran olla, aunque la glotona C, con su gran boca, se devoraba casi toda la comida.

La I era envidiada por su silueta, lo mismo que la X porque podía reemplazar a cualquier número.

La letra O, la más obesa de todas, se quejaba porque una vez sus compañeras intentaron echarla de la cabaña al confundirla con el número 0.

- ¿Y? - le pregunté a la Y.

Y me contestó que ella era la conciliadora por ser la única capaz de unir a las palabras.

La H nunca hablaba, debiendo recurrir a la C para hacerse oír.

En la cabaña de las letras constaté también que no podía haber odio porque había una sola letra O, ni lágrimas porque había una sola letra A, pero sí podía haber amor y podía haber risa.

Y así siguieron pavoneándose las otras letras. La A era capaz de generar discusiones en los matrimonios cuando la esposa, en lugar de decir "Querido dejaste unas migas en la cama" decía que había dejado unas amigas en la cama. La letra S también podía hacerlo simplemente desapareciendo cuando el esposo, en lugar de decir "Querida, hoy a la noche me voy a pescar" decía que se iba a pecar.

Finalmente tuve que emprender el regreso a mi mundo, no sin antes recibir una fiesta de despedida por parte de las letras donde la P, la A, la B, la L y la O me cantaron una hermosa canción.

Mucho tiempo después me enteré que cierto acontecimiento destruyó el idílico mundo de las letras y los números. Ocurrió que fue atacado por un ejército de brutos que no sabían hablar ni contar, y en poco tiempo acabaron con todos los caracteres alfanuméricos. Y desde entonces, las personas ya no se obsesionaron más por jugar a la ruleta ni por acumular grandes fortunas porque habían desaparecido los números, y descubrieron el valor del silencio porque ya no había más palabras.

(Extraído de P.C. "Historias para una noche de tormenta y otros cuentos").